

---

**MAALOUF, Amin, *El desajuste del mundo: cuando nuestras civilizaciones se agotan*, Alianza, Madrid, 2009.**

COMENTARIOS EN TORNO A UN “DESAJUSTE GENERALIZADO” por Luis A. HALLAZI MÉNDEZ\*

---

El tercer ensayo de Amin Maalouf es un diagnóstico inquietante, escrito con suma claridad, que nos lleva a reflexionar sobre un desajuste generalizado<sup>1</sup>. El logro de su obra ensayística radica en un equilibrio entre razón ilustrada y emoción.

Si en su primer ensayo, *Las cruzadas vistas por los árabes* (1983), el autor ya planteaba que la principal causa de que el Oriente árabe siga viendo a Occidente como enemigo natural, es el análisis histórico que se ha hecho de las cruzadas; en su segundo ensayo, *Identidades asesinas* (1998), nos alerta sobre ese mismo desconocimiento histórico, sus consecuencias y el peligro de refugiarse en la defensa de una identidad única. De esta forma llegamos a *El desajuste del mundo, cuando nuestras civilizaciones se agotan*, donde Maalouf narra los distintos hechos de nuestra historia reciente demostrándonos que su oficio literario es una garantía para que el lector reflexione y se sienta partícipe de estos tiempos.

La vasta obra literaria y ensayística de Amin es premonitoria

respecto al análisis de las causas de tensión entre dos mundos supuestamente distintos: el Oriente árabe y Occidente. Además, su experiencia como ciudadano libanés y francés le otorga una legitimidad que le permite ser sumamente crítico, tanto con la cultura que le vio nacer como con la que le vio crecer.

El autor se pregunta con inquietud “si nuestra especie no ha llegado, por decirlo de alguna manera, al umbral de incompetencia ética, si sigue acaso avanzando, si no acaba quizás de iniciar una regresión que pone en entredicho lo que tantas generaciones sucesivas se habían esforzado por edificar”<sup>2</sup>. Y, para dejar clara su postura desde el principio, confiesa que su credo es el de un ilustrado. Amin es árabe, mas no musulmán; en su última novela autobiográfica, *Orígenes*<sup>3</sup>, nos ofrece una nostálgica mirada a sus antepasados, una familia melquita católica. En la novela va reconstruyendo su pasado a partir de las cartas guardadas de su abuelo; reconociendo entre ellos a místicos y masones, comerciantes y profesores; todos soñadores, políglotas y cosmopolitas. Esta revisión es una

---

<sup>1</sup> Amin Maalouf, escritor libanés exiliado desde 1975 en Francia, reciente Premio Príncipe de Asturias de las Letras 2010. Además, estudio Economía, Política y Sociología. Trabajó como periodista y autor de novelas históricas, entre ellas *León el Africano* o *La roca de Tanios* (Premio Goncourt 1993).

<sup>2</sup> MAALOUF, Amin (2009), *El desajuste del mundo, cuando nuestras civilizaciones se agotan*, Alianza Editorial, Madrid, p. 13.

<sup>3</sup> MAALOUF, Amin (2004), *Orígenes*, Alianza Editorial, Madrid.

manera de saldar cuentas con sus orígenes, donde nos desvela detalles que nos permiten conocer al narrador de *El desajuste del mundo*, y las razones por las que apuesta por la construcción de un mundo global basado en valores universales.

Amin Maalouf es un cosmopolita, se deduce de su obra, y es también un defensor de la pluralidad y la diversidad; siente un gran temor por la extensión del fanatismo, la violencia, la exclusión y la desesperación que percibe en el mundo árabe musulmán. Maalouf nos advierte sobre la penetración social de una lógica del desencuentro que interpreta el mundo desde una oposición, de nosotros y ellos, y apunta a la rivalidad actual como una vía muerta, sin dirección ni sentido. A su vez, Maalouf ensaya respuestas a esa realidad y propone la búsqueda de un punto de encuentro, de un pacto humanista que redirija las fuerzas a un terreno de lo común y lo compartido.

El ensayo está dividido en tres capítulos y un epílogo a través de los que va desgranando, con lucidez e inteligencia analítica, los problemas más acuciantes de nuestra era y sus posibles causas, así como las paradojas y contradicciones que se vienen produciendo.

En el primer capítulo, "Las victorias engañosas", nos hace ver que las grandes victorias del siglo XX, como la caída del muro de Berlín y el fin de la Guerra fría, que supuestamente iban a conseguir extender la democracia por todo el planeta, la libre circulación de personas y mercancías,

de imágenes e ideas, no han sido tal. Al contrario, Europa ha entrado en una etapa de desconcierto, sin tener clara su identidad, ni sus fronteras, ni sus instituciones comunes. Nos dice que Europa parece saber mejor de dónde viene y qué tragedias ha pasado que hacia dónde se dirige. Lo que Maalouf trata de visibilizar a lo largo de los distintos hechos históricos de nuestra era, pasando por conflictos como Kosovo hasta la guerra de Irak, es que Occidente no ha sabido sacarle partido a ninguna de sus "victorias", entre otras cosas, por la incapacidad de respeto hacia "el otro", la imposibilidad de no poder establecer un diálogo horizontal. Esta cuestión se traduce, como dice Maalouf, en la pérdida de referentes; una hegemonía moral que estaría erosionada y que se reflejaría como un auténtico problema de confianza entre el "centro" y la "periferia"<sup>4</sup>.

En el segundo capítulo analiza con agudeza el problema de "Las legitimidades extraviadas". Dice que no hay legitimidades inamovibles, que la legitimidad se puede adquirir y se puede perder. En el mundo cristiano los problemas de cismas, de luchas internas, han sido de tipo teológico. En el caso musulmán ha sido de tipo dinástico. Esta legitimidad dinástica hoy se ha cambiado por legitimidad patriótica. Los nacionalismos, turco y panárabe son una muestra de ello. Nasser, Atatürk, Faisal o Ben Bella fueron patriotas en este sentido. En esta segunda parte Maalouf hace referencia a esa gran ocasión perdida que fue el proyecto de Hachemí Faisal de Arabia y Weismann del

---

<sup>4</sup> *Íbidem.*, p. 54.

movimiento sionista, al acabar la Primera Guerra Mundial, para crear el reino independiente de Arabia y el Estado judío en Palestina. En lugar de esto, las potencias europeas (Francia e Inglaterra) se repartieron los territorios e impusieron el orden que les beneficiaba, creando el conflicto palestino- israelí.

Como lo describe Maalouf, "para cualquier sociedad humana, la carencia de legitimidad es una forma de ingravidez que desajusta todas las conductas. Cuando no hay autoridad, ni institución, ni personalidad que pueda valerse de una credibilidad ética real, cuando los hombres llegan a pensar que el mundo es una jungla donde reina la ley del más fuerte y donde se permiten todos los golpes, no es posible ya tomar otro derrotero que el de la violencia asesina, la tiranía y el caos"<sup>5</sup>. Finalmente, para Maalouf, el desajuste de legitimidad más patente se produce por el hecho de que Estados Unidos decida el rumbo del planeta con un electorado que corresponde al 5% de la humanidad. Esto quiere decir que el 95% no participa en la toma de decisiones que le afectan. Por tanto, Estados Unidos tiene un gobierno de derecho que ejerce en su territorio y otro gobierno de hecho que afecta a toda la humanidad. Esta "legitimidad" es la que deberíamos cuestionar.

El tercer capítulo está dedicado a "Las certidumbres imaginarias". En él analiza el tema de los referentes. No se trata, nos dice, de volver a antiguas certezas sino de inventar nuevas referencias.

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 189.

En este sentido, habrá que analizar los retos y los medios que tenemos a nivel mundial en una humanidad globalizada - en las relaciones entre las naciones como en la gestión de los recursos naturales del planeta, siendo conscientes de que el balance de la historia es negativo hasta ahora. Por tanto, nos dice que más que adornar el pasado habría que entrar en la fase de inventarlo todo: solidaridades, legitimidades, identidades, valores y puntos de referencia.

La escala de valores que puede ayudarnos en esa ingente tarea, según Maalouf, es la cultura y la educación. Habrá que superar las desviaciones contradictorias por las que acaba de pasar la humanidad: la del comunismo y la del capitalismo, la de la religión y la del ateísmo. Aprender a valorar las diferencias y las pluralidades de los distintos grupos humanos con curiosidad e interés sería la solución. Y eso se conseguiría con cultura y educación. Habría que entender cuestiones tan elementales como que "los demás" es un concepto reversible, puesto que nosotros somos "los demás" para ellos. Así, no debemos tolerar la actitud de mirar al otro a través de lo específico, de su religión, su color de piel, su lugar de procedencia, su apariencia, su acento o de su apellido; sería muestra de una invalidez mental y entonces, ¿cómo deberíamos comportarnos? La sensatez consiste en un enfoque más sutil, ir más allá de la apariencia y centrarnos en su individualidad.

Uno de los temas centrales de este capítulo es la inmigración. Amín nos cuenta que quien dirigió el ataque contra las torres gemelas fue un

muchacho islamista que se doctoró en urbanismo en una universidad alemana. Los atentados más espectaculares de los últimos años los cometieron inmigrantes procedentes de India, el Magreb y de Egipto. Sin embargo, nos dice, que la mayoría participan de manera apacible y generosamente en la vida económica, social, intelectual o artística de los países que lo acogieron. He ahí el reto de los estados de acogida: buscar que los inmigrantes consigan ser intermediarios elocuentes de sus relaciones con el resto del mundo o, de lo contrario, se sigan convirtiendo en el mayor de los problemas, en tanto que hay identidades dañadas que por ende se vuelven dañinas.

En resumen, analizar el factor humano de la inmigración desde las dos orillas, ver su doble papel como miembros de una sociedad occidental y como parte de su sociedad de origen, así como advertir su potencialidad como vectores de modernización, liberación intelectual, desarrollo y de reconciliación. Lo que necesita un inmigrante es dignidad cultural, dignidad social y dignidad lingüística que le permita asumir una identidad dual y un papel de nexo. Finalmente, Occidente tiene la responsabilidad y la oportunidad de restaurar su credibilidad ética siendo fiel a sus propios valores de democracia, derechos humanos, libertad del individuo y laicismo en sus relaciones con el resto del mundo y, urgentemente, con los inmigrantes.

Por último, en el epílogo que titula "Una prehistoria demasiado larga", el autor nos plantea una visión esperanzadora, quizá excesivamente,

aunque es consciente de las condiciones previas para vivir en armonía con nuestras diferencias y diversidad. Sin embargo, muy lejos nos vemos de esa realidad hoy, donde la coexistencia pacífica se ve amenazada por la xenofobia, la discriminación, el racismo. Pero Maalouf demuestra que la aventura humana le sigue fascinando y que no cambiaría esos retos por la vida de los ángeles. Sin embargo, ha llegado el momento de preguntarse: ¿dónde vamos a este paso? Para lo que tendríamos tres posibilidades que llama "tentaciones" en comparación con las decisiones de un montañero. La primera sería la "*tentación del precipicio*" que no es otra que la autodestrucción. La segunda sería la "*tentación de la pared*" que consiste en buscar refugio hasta que pase la tormenta. Y, la tercera que es por la que Maalouf apuesta, sería la "*tentación de la cumbre*" que implica admitir que ha llegado el momento de clausurar la historia tribal de la humanidad y que todo está por inventarse.

Los retos son tan científicos como éticos; es decir, lo que nos propone el autor es ponernos a la altura moral de la evolución que hemos alcanzado y, si es necesario, llamar a un estado de emergencia para movilizarnos y sacar lo mejor que llevamos dentro. Por tanto, "(...) no sólo se trata de organizar una nueva forma de funcionamiento económica y financiera, un nuevo sistema de relaciones internacionales. Se trata de diseñar sin demora una visión diferente por completo de la política, la economía, el trabajo, el consumo, la ciencia, la tecnología, el progreso,

la identidad, la cultura, la religión, la historia; una visión adulta de lo que somos, de lo que son los demás y del destino de este planeta que compartimos. Tenemos que inventar una concepción del mundo que no sólo sea la traducción moderna de nuestros prejuicios ancestrales y que nos permita conjurar el retroceso que se anuncia”<sup>6</sup>.

En definitiva, éste es un libro lúcido, arriesgado y comprometido con la esperanza de salvación de la humanidad a través de los valores ilustrados que, sin duda, son los valores de Occidente. Un escritor cosmopolita que nos dice que la democracia puede instalarse en diversas latitudes pero que antes, sólo es necesario universalizar los valores éticos. Amén parece así presentarnos a una ciudadanía europea como el paradigma y modelo de aplicación de lo que podría ser, eventualmente en el futuro, una auténtica ciudadanía cosmopolita. Un cosmopolitismo inspirado en gran medida en el proyecto kantiano de la “paz perpetua”, aunque Maalouf no haga referencia a posturas teóricas podría ser cotejado con los pensadores más destacados en esta corriente y llegaríamos a conclusiones parecidas.

El defender la armonía más allá de las fronteras culturales o nacionales se sustentaría, para Ulrich Beck de acuerdo con su artículo sobre “El cosmopolitismo europeo”, en cinco principios constitutivos que coinciden con el planteamiento de Amin Maalouf. En primer lugar, la experiencia de crisis de las sociedades

mundiales que permite que se perciba su interdependencia, que la llamaría la comunidad de destino civilizatorio; en segundo lugar, el reconocimiento de las diferencias de las sociedades mundiales, y el carácter conflictivo que se sigue de él; en tercer lugar, la empatía cosmopolita que supone la capacidad de intercambiar perspectivas; el cuarto, que una sociedad mundial sin fronteras resulta “invivable” porque se genera un impulso para fijar nuevas-viejas fronteras; y, por último, el quinto, el principio de la mezcla, según el cual las culturas y las tradiciones locales, nacionales, étnicas y religiosas, y cosmopolitas, se vinculan y se mezclan.

Sin embargo, es necesario recordar que no podemos ignorar la tensión entre el compromiso patriótico con la propia nación y la ética cosmopolita que ya se manifestó en los mismos días de la revolución francesa. De aquí se deduce que, pese a que esta concepción de comunidad moral universal es compartida por todos los cosmopolitas actuales como horizonte ético indisoluble de la propia democracia moderna, ello no significa que haya un consenso en cuanto a la necesidad de articular esa comunidad moral institucionalmente, mediante la creación de una suerte de “estado mundial” apto para sustentar esa nueva ciudadanía universal – pues, el aspecto identitario sigue causando cismas en dicha construcción.

Para muchos cosmopolitas, como probablemente lo sea para Maalouf, la creencia en una comunidad universal es perfectamente compatible con la existencia de distintas

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 314.

entidades políticas particulares en las cuales llevar a cabo el ejercicio de esos derechos humanos universales que se caracterizarían también en la ciudadanía democrática. Según Martha Nussbaum<sup>7</sup>, para ser ciudadano del mundo no es preciso abandonar las identificaciones locales que, por el contrario, pueden ser fuentes de gran riqueza vital, sino que lo único exigible es que la "lealtad fundamental" vaya dirigida a esa comunidad moral universal de todos los seres humanos y no a los miembros de la comunidad política particular y que las diferencias de origen, tanto de carácter étnico como cultural, se entiendan de manera no jerárquica. Sin embargo, el punto principal es precisamente el tratamiento de la identidad desde donde se debe llegar a la construcción de una ciudadanía universal más equilibrada, sin olvidar ese análisis histórico que haga justicia a las distintas realidades de las que procedemos.

**\*Luis HALLAZI MÉNDEZ** es estudiante de doctorado de Ciencia Política del Departamento de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la UAM.

---

<sup>7</sup> NUSSBAUM, Martha (1999), *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y «ciudadanía mundial»*, Paidós, Barcelona.